

mayores gritaban tanto que no le dejaban escribir una letra y se fué allá: así que se duerma éste, vendrá aquí otra vez al lado de la chimenea: ve á fumar con él un cigarro.

El marques salió y las dos hermanas quedaron solas.

—Mamá está en la cocina disponiendo con las criadas el festin de mañana, dijo Antonina; ya sabes que es el aniversario de nuestras bodas, y que os esperamos á comer con los niños.

—¡Dios mio, hermana! exclamó la marquesa; ¿cómo puedes pensar en eso, estando tú tan delicada de salud, la madre de tu marido enferma y Pablo trabajando día y noche? Yo, que os compadezco tanto, no puedo comprender tu conformidad, y casi estoy por decir indiferencia.

—¡Compadecerme! exclamó la jóven; ¿y por qué, si yo me creo tan dichosa? Es verdad que, desde que nació mi último hijo, mi salud está algo alterada, pero eso pasa; y luego tengo á mi lado á tres ángeles que me acompañan, á mi marido que trabaja día y noche para que nada nos falte, á mi madre que se ha venido á vivir conmigo, á la suya, sombra venerable, que desde su lecho nos alienta con sus consejos y mezcla su voz con nuestras oraciones. ¡No, hermana mia, no puedo, ni debo, ni sabría llamarme desgraciada, porque no lo soy! y tú tampoco lo eres, porque has aprendido de mí á resignarte con los trabajos de la vida, á tener conformidad, paciencia y valor cuando algun dolor te aflige: mañana tendrémos, pues, nuestro banquete de familia, y tú estarás en él alegre, porque ya has arrojado tu *crúz de plomo*, y, como yo, la llevas de *paja*.

FIN DE CRUZ DE PAJA Y CRUZ DE PLOMO.

MARTIRIO SIN GLORIA.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.
 Bienaventurados los mansos de corazón, porque de ellos es el reino de los cielos.
 Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

[BIENAVENTURANZAS.]

I

Amanecía una fría mañana de Febrero y el sol iluminaba perezoso la nevada sierra del Guadarrama, cuando una jóven apareció en la puertecilla falsa de una quinta muy hermosa, situada á una legua de Madrid, en el camino de Francia, ó sea al Norte de la coronada villa.

La puertecilla se abría en la tapia, llena de telarañas por la parte exterior: gracias al aceite que se había extendido en sus goznes, no chirriaba, á pesar de lo enmohecidos que estos se hallaban, y la jóven mencionada pudo adelantar medio cuerpo para mirar á la carretera.

El frío era tan penetrante, que sus ojos se llenaron de lágrimas por la punzante impresion que recibieron.

Miró á lo largo del camino, y no vió sin duda á la persona que buscaba; solo un carretero guiaba penosamente sus mulas, cantando del modo ronco, desapacible y destemplado con que suele hacerlo esa clase de gentes.

La jóven entró en el jardin, que era donde se hallaba, entornó la puertecilla falsa, y se dejó caer en un banco llena de abatimiento, y temblando de frio y quizá de emocion.

El jardin era grande, extenso, hermosísimo: conociase que, en la época del verdor y de las flores, debia ser una maravilla: entonces los árboles apenas tenían algunas yemecitas verdes, que anunciaban habian de tener hojas: las flores y las plantas delicadas se hallaban cubiertas con tapaderas de esparto y de cristal.

Poco á poco el sol se fué levantando magestuoso, disipando la niebla de la mañana, que semejava una densa masa de humo blanco, y sus rayos deslumbradores empezaron á dorar las altas copas de los árboles.

La jóven alzó la cabeza con sobresalto, como si la luz fuese para ella un enemigo peligroso: entonces pudo verse su rostro, mas gracioso que bello, mas simpático que hermoso, y que, si hubiera estado animado por la expresion de la dicha, hubiera sido encantador y lleno de atractivos.

Era, mas bien que una mujer, una niña, pues no pasaba de quince años: su estatura bastante alta para su edad, no tenía aún formas distintas; pero ya se advertia en aquella figura infantil una gracia suprema.

Su cabello, casi negro, pues era de un castaño muy oscuro, espeso y brillante, se reunia en gruesas trenzas, que servian como de marco á su carita trigueña, algo pálida, y espléndidamente iluminada por dos hermosos ojos negros, rasgados y guarnecidos de largas y convexas pestañas negras; contra lo que generalmente sucede en los ojos oscuros, las cejas de aquellos eran finas, delicadas, y formaban un arco tendido y perfecto; así es que, lejos de ha-

ber dureza en ellos, tenían una dulzura infinita y encantadora.

A causa de la delgadez de la cara, y del tipo especial de aquella niña, su boca era tal vez algo grande; pero el hermoso esmalte de sus dientes, iguales y pequeños como una sarta de perlas de oriente, sobresalía al reírse, semejante á una línea de nácar, en el color rosado de sus labios.

Todo armonizaba en aquella gentil figura para que fuese el complemento de la candidez, de la gracia, de la más perfecta inocencia y, en particular, de la más rara dulzura, de la más exquisita sensibilidad.

Llevaba un peinador de merino blanco, y sobre él una capa de paño de color claro: una toquilla de tul blanco, se anudaba bajo su barbita fina y adornada de un precioso fiavelo, y dejaba escapar la rica profusion de sus cabellos.

Cuando alzó la cabeza, miró como asustada al horizonte y murmuró en voz baja:

— ¡Cuánto tarda, Dios mío! ¿No vendrá?
— El galope de un caballo le respondió: levantóse y fué corriendo á la puerta falsa; pero su emoción fué tal, que á su natural rosada palidez sucedió otra casi livida, y bajo el merino de su bata se hubiera podido ver latir su corazón como el ala de una paloma herida.

El caballo que llegaba se detuvo á la puerta, y de él se apeó un jóven de gallarda y elegante figura.

Un criado venia con él: desmontó igualmente y se quedó guardando el suyo y el de su amo.

— ¡Fernanda! exclamó el recién llegado asiendo la mano de la jóven y entrando con ella en el jardin.

— ¡Yo pensé que no venías hoy! murmuró Fernanda.

— ¡No venir hoy! reptó el sentándose al lado de la jóven en el mismo banco en que esta se hallaba poco antes: ¡hoy! ¡hoy que vas á ser de otro! Pero no, aun tengo la esperanza de disuadirte de esa fatal obediencia.... ¡aun

espero que te decidirás á ser libre y un día dichosa conmigo!

Fernanda sacudió tristemente la cabeza con un ademán negativo.

—Jorge, observó; ya sabes que no se resistir á mi padre; hoy me casaré con el baron.

—Entonces no me amas! entonces hace un año que me estás engañando! exclamó impetuosamente Jorge.

—Te amo, repuso la jóven con mas firmeza de la que hubiera podido esperarse de su tierna edad; pero no puedo abandonar á mi padre que me pide mi auxilio con las lágrimas en los ojos..... le amenaza una quiebra..... es decir, la vergüenza, el deshonor, y el baron ha ofrecido salvarle.

—A costa de tu dicha!

—No importa el precio..... no seré feliz porque no le amo; pero siempre está la conciencia tranquila cuando se cumple un deber.

Jorge ocultó su semblante entre las manos y dejó escapar un sollozo: la jóven le miró con expresion desgarradora; luego separó aquellas manos del rostro del que amaba y las guardó entre las suyas.

—Jorge, le dijo con voz palpitante y alterada, no te aflijas así, por que me matas..... alientame si es que me amas, á cumplir con este sagrado aunque duro deber..... Dime que debo salvar á mi padre, porque necesito verlo para hacer el sacrificio de mi misma! Escucha..... Anoche dormia yo despues de muchas horas de insomnio y de afliccion..... era mi sueño tan agitado por el dolor, que no pudo durar largo rato y desperté..... sentí una mano humedecida, y en ella como el calor de unos labios..... creí soñar..... pero entreabrí los ojos, y á la débil luz de mi lamparilla, vi á mi padre arrodillado junto á mi lecho que apoyaba sus labios en mi mano, que lloraba; que exclamaba entre sollozos..... ¡perdon, hija mia, perdon!..... ¡Oh, Jorge! tú no sabes lo que es ver llorar á un

padre que tiene ya la cabeza blanca! me incorporé y le abracé consolándole.

—Hija mia, exclamó; mi querida Fernanda, te sacrificas por mí..... pobre víctima de las calamitosas circunstancias por las que los negocios atraviesan: tú vas á pagar mas que nadie mi ruina..... Tú, infeliz niña que aun no has visto el mundo, enlazada á ese hombre depravado, que te compra como se compra una joya..... No, no! yo moriré..... pero tú te casarás con Jorge, con el que amas..... ¿qué importa que sea pobre? su carrera de medicina le dará en breve para proporcionarte no solo la subsistencia, sino la dicha, que es el pan del alma..... Venga el deshonor..... venga la muerte antes que tu sacrificio!

—Padre mio, le dije, esos pensamientos son culpables: ¿la muerte, ¿qué hay detras del suicidio? yo creo que mucho mas deshonor que en sobrellevar la vida con todos sus dolores, con todas sus humillaciones; y luego, piensas que yo podria ser dichosa con Jorge, sabiendo que podia salvarle y no haciéndolo? El baron me compra, es verdad; bendito sea Dios que me da valor á sus ojos!..... no quiero que te aflijas mas..... por mi parte heme aquí serena, resignada, feliz por salvarte..... mañana seré la baronesa de Valdemar.

Fuerza me es decirlo: mi padre se retiró consolado, y casi tranquilo acerca de mi suerte; tal conviccion supe dar á mi acento, tal seguridad á mi mirada.

Esta noche, pues, Jorge, me casaré con el baron de Valdemar: esta es nuestra última despedida.

—¡La última! repuso Jorge sombrientemente; esta noche salgo para Cadiz, donde me embarcaré para América.

Fernanda iba á responder: su agitacion la hizo palidecer de nuevo densamente, y la voz se apagó en sus labios; era una naturaleza delicada sacudida por el dolor con mortal violencia.

Óyóse de repente un paso rápido, y una mujer apare-

ció en la calle de árboles, á cuyo fin se hallaban sentados los dos jóvenes.

— ¡Ah, señorito Jorge! exclamó: ¿ha convencido vd. ya á mi niña de que va á hacer una locura?.....

— No, respondió con desesperacion el joven: es imposible convencerla, Marta: Fernanda se empeña en sacrificarse y lo hará! qué rara perseverancia en querer darse la muerte!.....

— Qué gran fortaleza necesito para cumplir ese gran deber! exclamó la pobre joven con voz profundamente triste, y qué crueles sois vosotros en quitármela en vez de darme aliento! Morir..... y qué es morir, cuando para evitar la muerte, tengo que ver la deshonra de mi padre que mañana se declararia en quiebra? No, no temas por mí; mi conciencia me librará de la muerte; pero, si Dios me llama, mi madre, que está en el cielo, me espera y me bendecirá!

— Al hablar así, los negros ojos de la joven despedían una luz sublime, y se elevaron al cielo con tanto fervor, que Jorge la contempló como arrobado y mudo de respeto y de admiracion.

— Es qué, dijo Marta, yo he ido á Madrid expresamente á tomar informes del señor baron, y he sabido cosas, que.....

— Cállalas! exclamó Fernanda: calla, nodriza, porque ya debes respetarle como á mi marido.

— Pues yo quiero decir á vd., señorita, para ver si cambia de parecer, que el señor baron es eterno perseguidor de mujeres: que pasa las noches jugando y aruinándose en el casino: que se emborracha cada día como un lacayo: que á su esposa primera, la mató á pesadumbres...! Vaya! pues no faltaba mas sino que yo callase esas cosas.

— Pero, desdichada, qué haces con saberlas y decírmelas, si yo no puedo ni quiero retroceder! dijo Fernanda: lo mismo me casaria con él, aunque fuera un bandido....!

aunque fuera un asesino! ¿lo entiendes? si salvase á mi padre, lo mismo, lo mismo, lo mismo!

Fernanda, presa de su exaltacion dolorosa, y agotadas sus fuerzas con la lucha que seguia sosteniendo entre su amor y su deber, se desplomó en los brazos de Jorge; sin voz y sin color!

La nodriza, desesperada, se arrojó llorando sobre la inanimada joven y la estrechó en sus brazos: Jorge la contemplaba lleno de admiracion y de dolor!

El desmayo duró solo algunos segundos. Fernanda se levantó apoyándose en el brazo de su nodriza, y dijo á Jorge con voz alterada y trémula:

— ¡Adios!

— ¡Adios, y ojalá halles en tu conciencia toda la dicha que mereces, mi pobre y querida Fernanda! exclamó el joven: á lo menos, s irvate de consuelo que hay en la tierra un corazon todo tuyo: un corazon que no amará jamas á nadie mas que á tí.....! Si alguna vez necesitas de un amigo, de un apoyo, de un consejo, acude á mí! escribiré á Marta, que sabrá siempre donde me hallo!

Besó, dicho esto, la mano helada de Fernanda, y se dirigió á la puertecilla: ya allí, volvió y estrechó convulsivamente á la joven contra su pecho que levantaban profundos sollozos: salió despues con paso atropellado y vacilante, y bien pronto el galope de dos caballos dió á conocer que se alejaba.

— ¡Dios mío! ¡id con él! exclamó la joven: no le abandonéis... ni á mí tampoco!

Y apoyándose en el brazo de Marta, atravesó con trabajo el jardín y entró en la quinta.

Fernanda llegó con penoso paso hasta su cuarto, y se dejó caer en uno de los silloncillos que habia en él.

Era aquella una habitacion de niña, primorosa y sencilla como el carácter, como el alma de la que habitaba.

En ella se veía la camita blanca, cubierta con cortinas de muselina estampada: en el balcón habia muchas macetas que la mano robusta de Marta habia sacado para que tomásen los rayos del sol de Febrero, y que por la noche entraba para preservarlas de la helada: gracias á este cuidado, conservaban su verdor y su fragancia, y ostentaban ya tiernos pimpollos próximos á abrirse.

El mueblaje era azul y blanco: una mesa de tocador sostenia un espejo velado por cortinas de muselina, con trasparente azul.

Fernanda, como ya hemos dicho, se dejó caer con desaliento y fatiga en un sillón, y su capa de abrigo se desprendió dejando al descubierto su lindo talle, que lucia toda su gracia aun entre los pliegues de su bata de cachemira blanca.

Apenas se habia sentado, asomó por la puerta una bella y risueña cabeza de muchacha, tan sonrosada y tan fresca, como era sentimental é interesante la de Fernanda.

Esta no la vió; habia doblado la frente sobre su pecho, y permanecia entregada á un abatimiento profundo.

La que habia asomado, se adelantó de puntillas, se arrodilló en el almohadon que Marta habia colocado á los pies de la jóven, tomó sus manos cariñosamente y murmuró:

—Valor, Fernanda!

—¡Ah, Leticia! ¡todo acabó para mí! gimió la pobre niña, apoyando su frente en la rubia cabeza de la jóven arrodillada á sus pies y derramando un torrente de lágrimas.

—Le has visto? preguntó Leticia.

—Sí, prima mia; sí; ¡le he visto y me he despedido para siempre de él.

—¡Desgraciada niña! exclamó Leticia, llevando á sus ojos azules su mano para enjugar una lágrima próxima á deslizarse por su rosada mejilla,

—Valor, se dijo á sí misma Fernanda alzando la cabeza: lo hecho, hecho está, y nó me arrepiento: Dios me dará fuerza para olvidar á Jorge.

—Así lo espero, repuso Leticia: el mundo, ademas, se encargará de hacértelo olvidar; el mundo en el cual vas á ser una gran señora: casi es una ventaja para tí, Fernanda mia, el que, á causa del estado débil de tu salud, te hayan confinado los médicos en esta quinta con Marta y conmigo, porque así, como nada has visto todavía, todo te sorprenderá; y luego, á los quince años, ¿qué no parece hermoso en el mundo? A mí me encantó lo poco que vi cuando mi tío me llevaba á Madrid.

—Puede encantar á una el mundo cuando es feliz, exclamó Fernanda suspirando, y tú lo eres, prima mia: ¡ah! ¡qué distinta es nuestra suerte! Tu padre murió en una modesta medianía vecina de la pobreza, y te dejó encargada al mio: nada tenias que salvar ben tu buen padre, y tus deberes para con él se reducen á rezar sobre su tumba: el mio se enriqueció.... fué uno de los primeros banqueros de Madrid: luego la desgracia ha amenazado sus intereses, su honor mismo, y se ha hallado, no sé si por fortuna ó por desgracia, un hombre que me compra y da por mí dinero bastante para salvarle de la ruina: tú amabas á un jóven que seguia la carrera de medicina, y le amabas sin contrariedad: un compañero suyo me amó, y mi padre no se oponia á esta afección; pero ahora todo ha cambiado, tú eres libre; porque eres pobre y porque puedes casarte con el que amas; yo no, ¡ah! qué distinto destino el nuestro!

—La mitad de mi vida daria porque te pudieras casar con Jorge, como yo con Gustavo! exclamó Leticia, estrechando á su prima entre sus brazos: pobre niña mia, á la que amo y he amado siempre como á mi hermana menor: no pensaba en verte tan profundamente desgraciada cuando te mecia en mis brazos, cuando jugaba contigo al volante: cuando vestias tus muñecas, yo soñaba para tí todas las venturas de la tierra: el amor, la riqueza, la di-

cha en el matrimonio; y á disfrutarlas todas parecías destinada; y sin embargo, hoy te veo marchita, abatida por la pena, como una flor tronchada por el viento, y eso cuando aun no has dejado del todo los juegos de la infancia: ¿por qué no puedes casarte con el pobre jóven á quien amas, como me casaré yo, ó por qué no soy yo la destinada al sacrificio?

Hablando así, Leticia cubrió de besos la frente y las mejillas de su prima, con una ternura que explicaba claramente cuanto la amaba.

—Vamos, dijo Fernanda levantándose: valor! Me consuela la idea de que voy á librar á mi padre de la ruina y del deshonor, y de qué mi buena madre, á la que no he conocido, me bendecirá desde el cielo. ¿Se ha levantado mi padre ya?

—No se ha acostado, respondió Marta: he visto luz en su cuarto, y le he oído andar toda la noche.

—Arreglando un poco el cabello; luego mandad que se sirva el desayuno y llamadle.

Marta recogió los hermosos cabellos de Fernanda, y despues fué á avisar á su señor, reuniéndose en el comedor las dos primas con el anciano. Imposible hubiera sido conocer, al verla sentada á la mesa, á aquella niña, sumergida poco antes en la mas honda desesperación: su semblante estaba animado de una placida sonrisa; su frente, al parecer, tranquila; su prima y la nodriza la miraban estupefactas y sin poder comprender tal fortaleza.

Leticia sirvió, segun costumbre, á su tio y á su prima: era aquel un hombre de grave y noble figura, que no pasaba de cincuenta años, pero cuyos cabellos habian blanqueado ya completamente por los cuidados y las fatigas de una existencia laboriosa: padre de seis hijos, la última era Fernanda, que habia perdido á su madre cuando apenas contaba un año de edad, y que se creia hubiera heredado la afecion al corazón que llevó á aquella al sepulcro á la edad de treinta años.

Por esta causa, los médicos aconsejaron al banquero que la tuviese constantemente en el campo, y el pobre padre, temblando á la idea de perder á su última hija como habia perdido á los demas, se habia apresurado á comprar aquella quinta cercana á Madrid.

Fernanda iba lo mas tres veces al año á la corte para comprar algun traje, ó para ver alguna ópera ó comedia nueva.

Su prima Leticia, dos años mayor que ella é hija de un hermano de su padre, era su compañera y su amiga; además, se hallaba al lado de Fernanda, y Marta su buena nodriza, una doncella y un criado, y su padre se podia estar en su casa de Madrid, montada con gran fausto y riqueza, sin cuidado alguno por la suerte de su hija; á la que sin embargo, iba á ver todos los domingos.

—Papá, decía Fernanda, ¿por qué no vives aquí conmigo?

—Hija mia, porque necesito estar en Madrid para trabajar.

—¿Y por qué trabajas aún?

—Para que tú seas rica y dichosa, hija mia.

—Yo no deseo ser rica, papá.

—Yo deseo que lo seas; si la riqueza no es la felicidad, es, á lo menos, una gran parte de ella.

Una señora viuda, que vivia en una quinta inmediata, pasaba algunos ratos con las dos niñas, Leticia y Fernanda: esta señora poseia una modesta fortuna, con la que sufragaba la carrera de medicina de su hijo Gustavo: este vio crecer, como suele decirse, á la linda Leticia y la amó: ella le correspondió con tanta alegría como ingenuidad: era su primer amor, y Gustavo era gallardo y elegante, á la par que buen hijo y estudiante aprovechado.

La buena señora avisó al banquero de aquella pasion naciente, temiendo que se le tachase de interesado.

—Déjeles vd. que se amen, señora, contestó aquel: mi sobrina no es rica, porque mi hermano, que era su padre,

y yo hemos vivido pobres largos años: pobre murió él, y mi trabajo y mi buena estrella me han dado despues alguna fortuna: pues bien: ya que esta fortuna no la he podido partir con mi hermano, daré una parte de ella á su hija á la cual miró como mia. Leticia llevará doce mil duros de dote, lo que, si no es una gran cosa, les ayudará á vivir: siga Gustavo estudiando como hasta aquí: acabe su carrera, y que se casen y sean felices.

De esta suerte nació y creció aquel puro, alegre, feliz y confiado amor. Leticia amaba con pasion, con felicidad á Gustavo: y este la amó con un entusiasmo que le libertó de todos los peligros de su edad, y le animó en la senda del trabajo y del deber.

El último verano, y durante las vacaciones, llevó Gustavo á casa de su madre á uno de sus amigos, que contaba tres años mas que él é iba ya á terminar la carrera: era un jóven de veinticinco años, grave, reflexivo, valeroso, algo melancólico, y de una figura mas bella y elegante que la de su amigo: vio á Fernanda y la adoró; hallaba en aquella niña enfermiza y débil algo superior á las demas mujeres, algo que en ninguna otra habia encontrado.

Y era que Fernanda unia, al talento mas profundo, el alma mas bella y la mas angelical inocencia: era un espíritu, bajo la apariencia de una niña encantadora, un espíritu revestido con la forma mas seductora que puede tomar la adolescencia.

Un hombre vulgar no podia comprender lo que valia Fernanda.

Un hombre superior como Jorge debia adorarla, y no podia ya pensar mas en ninguna otro mujer del mundo.

—Amaos, les dijo el banquero: solo deseo que mi hija sea dichosa y que se case con el hombre á quien elija su corazón.

Pero de repente, y á entradas del invierno, los asuntos del banquero empezaron á tomar el mas amenazador aspecto: la crisis comercial, que agobiaba á la nacion,

alcanzaba tambien á su casa: los negocios, completamente paralizados, no rendian provechos; la opulenta casa del Sr. B... estaba amenazada de suspender sus pagos, y el cabello del banquero se volvió del todo blanco en una semana.

Una mañana recibió una carta sellada con unas armas que conocia: eran las del baron de Valdemar, opulento señor, jóven elegante, y que habia viajado por toda Europa durante diez años.

La carta contenia estas palabras:

«Seis millones por la mano de Fernanda: es mas de lo que el Sr. B... necesita para salir de sus apuros comerciales: la respuesta lo antes posible al palacio de Valdemar, en Recoletos.»

EL BARON DE VALDEMAR.

El banquero quedó mudo de asombro: ¿dónde habia visto el baron á su hija? lo ignoraba; pero él le ofrecia un medio de salvacion cuando ya la idea del suicidio habia pasado dos ó tres veces por su cabeza! Mandó poner el coche, y salió al instante para su quinta.

Lo que pasó entre el baron y su hija, en una hora que estuvieron encerrados, es fácil de suponer: ella se obstinó en casarse con el baron, y aseguró á su padre que seria muy dichosa.

Casi convencido éste, y sobre todo, obligado por una cruel necesidad, volyió á Madrid, y escribió esta respuesta:

«Fernanda consiente en ser la baronesa de Valdemar: su padre admite el préstamo de seis millones, á reembolsar en pagarés en el termino de dos años: se espera al señor baron.»

B... BANQUERO.

Al día siguiente, el barón y su futuro suegro fueron á la quinta: la jóven halló al que iba á ser su esposo de bella figura, de modales llenos de distincion y dotado además de una elegancia perfecta.

—Pero ¡qué diferencia va del barón á Jorge! se decía ella como atrepentida de hallarle agradable: ¡cuánto mas vele mi Jorge!

El barón se volvió á Madrid sin haberle dicho una sola palabra de amor, aunque, con la maestría consumada de un hombre de mundo, hizo resonar en su oído algunas galanterías: el Sr. B.... se quedó en la quinta.

Después de la comida, llamó á su hija al gabinete que él se reservaba, y le dijo que el matrimonio debia de celebrarse al instante, y que era forzoso se le escribiese á Jorge y se preparase á dar su mano al barón al fin de la semana.

La tímida é ingénuá Fernanda quedó como herida de un rayo: cubrió su rostro infantil una densa palidez y temblaron sus labios; pero al ver á su padre, que esperaba su decision con la cabeza inclinada como el reo ante el juez, hizo un esfuerzo heróico, atendida su edad y su absoluta ignorancia de los dolóres de la vida, y le preguntó:

—Padre mío, ¿te da el barón seguridades de salvacion?

—Sí, hija mia, respondió el banquero.

—Suya es mi mano; pues segun ya te he dicho... solo siénto no poder disponer de algun tiempo más para pedir á Dios que me diera su ayuda, y me concediese el valor necesario.

—No te cases, hija mia! exclamó el banquero: ¡venga antes la ruina, la muerte, el deshonor!

—Dispónlo todo para la boda, padre mío, dijo la niña: ahora mismo escribiré á Jorge mi decision!

Fernanda, dicho esto, se dirigió á su cuarto, é intentó en vano trazar algunas líneas para Jorge: su mano tem-

blorosa se negaba á formar aquellos caractéres, que debian encerrar la sentencia de su amor.

Dos dias pasó llorando, y constantemente acompañada de la nodriza y de su prima que lloraban con ella y no la abandonaban un solo instante: por fin, al tercero, escribió á Jorge la noticia fatal, rogándole que fuese á verla al día siguiente por la mañana, para despedirse de él.

Jorge habia sabido la noticia antes por su madre: ya se sabe lo que sucedió en aquella entrevista, y como en vano intentaron el amante y la nodriza disuadir á la jóven de su empeño.

Ya hemos dicho tambien que en el desayuno se presentó tranquila al parecer, y con la sonrisa en los labios.

Sin embargo, ni ella ni su padre podian tomar alimento alguno y los dos procuraron engañarse mutuamente.

Fernanda, dijo el banquero, nos iremos ahora mismo á Madrid: iremos en el coche tú, Leticia, Marta y yo; aquí quedarán los criados arreglando las cosas, y mañana dejarán cerrado y marcharán tambien: esta casa, hija mia, la reservo para venir á pensar en ti, y pedir á Dios que te recompense.

Fernanda no pudo contestar: el exceso de su emoción, y, digámoslo así, de su dolor, la ahogaba: salió con su prima, cambió de traje, y luego arrodillándose en medio de su aposento, dió un tierno y doloroso ¡Adios! á su tranquilo nido de niña, á aquella habitacion en la que cada noche escribia á Jorge y que aun estaba perfumada con las flores que éste habia cortado para ella.

Enjugó sus ojos: dejó caer delante del rostro el velo de su sombrero para ocultar á su padre las huellas de su llanto, y bajó para tomar el coche apoyada en el brazo de su prima, que la consolaba á media voz, sin poder reprimir sus lágrimas.

Ni una palabra se habló durante el trayecto: el Sr. B... tenia la frente apoyada en sus manos: Fernanda y Leticia, asidas de la mano, callaban tambien: solo Marta, ménos

sujeta á las fórmulas del mundo, dejaba escapar de cuando en cuando algun doloroso suspiro.

A la una llegaron á la casa del Sr. B. en Madrid. Desde que se entraba en el patio, su notaba un movimiento inusitado: dos criados limpiaban los reverberos y los bronceos de la escalera: en el vestibulo habia otros frotando las puertas: se colocaban en los salones colgaduras de seda, arañas y lámparas, y en el comedor se cubria la suntuosa mesa de la cena, cargándola de flores y de candelabros que ostentaban bujías de rosada esperma, delicada y trasparente como el cristal.

Por todas partes se quemaban perfumes en copitas de plata, semejantes á los braserillos orientales; y se encendian las chimeneas y las estufas, se extendian alfombras, y se colocaban macetas de porcelana cargadas de arbustos odoríferos.

Fernanda miraba asombrada aquel fausto, que tal contraste formaba con la sencillez en que habia pasado su vida: aunque dotada de gran profundidad y elevacion de ideas, tenia quince años, y su dolor dejó lugar muy en breve á la admiracion de lo que veía.

Un rayo de gozo iluminó á la vez el rostro de su padre, de su prima y de su nodriza al verla mirar con atencion los preparativos de su boda; porque aquellos tres seres la adoraban, y hubieran dado la mitad de su vida por verla feliz.

—Esto no es nada comparado con tu magnifico palacio de Recoletos! exclamó el banquero: allí verás fausto, riquezas, delicias de toda clase, cuanto el gusto mas exquisito puede inventar! pero no, no lo verás, porque esta misma noche salis para París.

—A París! exclamó Leticia; ¿nos deja Fernanda?

—Eso es lo que hace toda la gente de buen tono, hija mia; pero volverá dentro de dos ó tres meses.

Un carruaje, que se detuvo á la puerta, cortó aquí la conversacion.

Oyóse al portero anunciar una visita, y el baron entró

en la estancia, en que se hallaban, vestido con un elegante traje de mañana.

Era un hombre que podia tener treinta y cuatro á treinta seis años; alto, rubio, de hermosos ojos oscuros y semblante lleno de distincion, pero profundamente marchito, exhalaba ese perfume vago pero propio de las personas de gran tono; sus cabellos perfumados guarnecian su frente noble y que empezaba á ser calva, en las entradas: la edad no le habia hecho perder nada de su esbeltez y elegancia: tenia el talle fino, el pié pequeño y la mano blanca y delicada.

Su traje era del mejor gusto por su sencillez, y solo era magnífica su camisa, que, á pesar de no desear lucirse, ostentaba su rica batista y su azulada blancura.

Acercóse á Fernanda, y le besó la mano: ésta le miró tímidamente, y se dijo que no era feo y que llevaba unas elegantes patillas rubias á la inglesa.

El baron dió la mano á Leticia y luego al banquero, yendo á sentarse despues al lado de Fernanda, en el mismo pequeño sofá que ésta ocupaba.

—Mi querida niña, le dijo, apenas la he visto, y usted me ha visto, menos á mí; pues yo la conocía desde un dia que la ví con su padre en el teatro, y estoy seguro de que usted no reparó en mí entonces: dígame usted ahora lo que le parezco, y si podrá amarme.

—Sí, señor, respondió Fernanda; si no creyese que podria amarle, no me casaria con usted: ya le amo al pensar en lo que ha hecho por mi buen padre.

—La posesion de usted la hubiera yo pagado con todos los tesoros de la tierra, dijo el baron; yo la idolatró á usted: su juventud, su belleza, su aspecto á la par débil é inteligente, y, por lo mismo, tan interesante, me cautivaron de un modo indecible.

—Sin embargo, creo que es usted viudo, observó la jóven.

—Sí, y me casé enamorado de mi esposa; pero no como lo estoy de vd.: tenia entonces veinte años, y aquel

amor en nada se parecía á éste. A pesar de eso, no fui infeliz, y hubiera sido completamente dichoso, si Dios me hubiera concedido la dicha de darme siquiera un hijo: luego he permanecido viudo seis años, deseando volver á casarme y sin hallar una mujer que me agradase lo bastante para hacerla mia, hasta que la hallé á vd. en mi camino.

La voz del baron era dulce y sonora: Fernanda, á pesar de su tristeza, le escuchaba no solo sin molestia, sino casi con placer: sin embargo, su palabra era vacía y helada, y en nada se parecía al lenguaje del verdadero amor.

El baron de Valdemar tenia por Fernanda un capricho, pero no una pasión de esas que echan raíces tan hondas que solo se las puede arrancar con la vida.

Dijo despues á la jóven mil dulces palabras, mil tiernas galanterias, de esas que el mundo enseña y que en el mundo son moneda corriente; hasta que, oyendo dar las cuatro en el reloj del salon, y mirando el suyo para convencerse de que era efectivamente aquella hora, dijo:

—No tengo tiempo que perder: voy á comer y á vestirme, pues la ceremonia es á las siete.

—Besó de nuevo la mano de su novia, saludó al banquero y á Leticia y salió.

—¿Qué te parece? preguntó á Fernanda su prima.

—Mejor que antes, repuso Fernanda; creo que es fácil acostumbrarse á la compañía de un hombre tan distinguido.

Se sirvió la comida, y despues las dos primeras entraron en su tocador para vestirse: el traje de Fernanda era espléndido; el de su prima muy sencillo, de tul blanco, adornado de rosas blancas tambien.

La ceremonia tuvo lugar en el oratorio de la casa; despues empezó el baile, al que estaba invitado todo lo más distinguido de la nobleza y de la Banca; pues Fernanda

pertenecía por su madre á la aristocracia, y el baron formaba parte de ella.

A las dos pasaron al comedor, y, al levantarse de la mesa, los novios entraron cada uno en su cuarto para cambiar el traje de baile por el de camino.

Oyéronse de súbito los cascabeles del tiro de una silla de posta, y, pasados algunos instantes, aparecieron los recién casados.

Fernanda vestia un traje de camino, de merino lila con bordados negros y paletot igual, y un sombrerito húngaro de terciopelo negro, muy pequeño, que hacia resaltar las gracias de su lindo rostro á la sazón pálido y lleno de lágrimas, que le arrancaba el dolor de separarse de su padre.

Éste le abrió los brazos, y no pudo reprimir algunos sollozos.

—Ahora es cuando conozco la enormidad de tu sacrificio, ¡hija mia! murmuró al oído de la jóven: sé dichosa y escribeme: si eres infeliz, la misma mano que te ha entregado á tu marido, te separará de él, y volverá á darte amparo.

La jóven baronesa abrazó á su padre y luego á Leticia, á cuyo oído murmuró:

—Cuida de mi padre, y sé mas dichosa que yo!

Marta siguió á su jóven señora, y despues de estrechar el baron la mano de su suegro y de sus amigos, salieron los tres, bajaron la escalera y subieron á la silla de posta que partió con velocidad.

¡Pobre padre! ¡qué era ya para él la continuación del festín! ¡qué la risa y la alegría de los convidados! Nada más que un nuevo martirio.

Así lo comprendió la concurrencia, que se dispersó poco á poco.

—¡Leticia! ¡qué será de tu pobre prima! exclamó el Sr. B.... abrazando á su sobrina: ¡ah, Fernanda mia! ¡Por

qué he consentido en que te separes de mí! ¡cuál será tu suerte! ¡cuándo te volveré á ver!

—Será dichosa, tio mio, respondió la jóven: ya lo es, con la idea de haber hecho su deber para salvar á vd. de la desgracia que le amenazaba: las almas, como la de Fernanda, caminan siempre por encima de todas las miserias humanas.

Separáronse el anciano y la jóven: al día siguiente, se volvieron á la quinta, porque la estancia en Madrid les era insoportable.

Allí todo estaba aún lleno de la imágen querida de Fernanda, y Marzo llegaba ya con sus tibias brisas, con sus promesas de verdor, de follaje, y de canciones de los pájaros: ya las orillas de los arroyos se esmaltaban de florecillas, y ya se abrian las de las macetas que adornaban el balcon de Fernanda, y que ésta cuidaba con tanto cariño.

III

Siete meses despues, el baron y la baronesa de Valdemar se hallaban en su palacio de Recoletos, de vuelta de su viaje á Paris en donde habian permanecido cerca de cinco.

Fernanda habia vuelto alegre y sonrosada, mucho mas linda que se fué, y completamente dichosa de su viaje al extranjero.

Era cierto, no obstante, que su marido, de vez en cuando, y en verdad con bastante frecuencia, habia pasado en Paris noches enteras sin ir á su casa, y que su esposa le habia estado esperando toda la noche, ademas de su ayuda de cámara; pero al volver al amanecer, habia pretestado un negocio, una cita en el club, el compromiso de una cena de amigos, y los quince años inexpertos de Fernanda, no podian poner en duda la veraz gravedad de estos motivos.

Su esposo no la llevó al gran mundo en que él vivia, y devoraba su crecida fortuna.

La llevaba á los teatros y al bosque en carruaje abierto, lo que era para la pobre é inocente niña el mas grande de los placeres.

Recibian á muy poca gente, y apenas visitaban mas que á dos ó tres familias españolas.

A pesar de su vida sencilla y retirada, Fernanda que, aunque muy cándida, tenia gran talento, habia notado una cosa que no habia dejado de llamarle la atencion: era que las gentes la miraban con aire de lástima y de profunda commiseracion.

Habitaban una elegante habitacion amueblada en el gran hotel del Louvre, y Fernanda, ademas de Marta, tenia para su servicio una doncella.

La nodriza creía, lo mismo que su señora, en los deberes que retenian al baron muchas veces fuera de su casa toda la noche: y en cuanto á la camarera, aunque á sus solas se reía de las dos pobres y crédulas mujeres, se guardaba bien de decir nada, porque sabia por el baron, que seria despedida si intentaba separar la venda de los ojos de Fernanda ó de su nodriza, y se callaba siempre.

Una noche llegó á la puerta del hotel un coche, del que descendió una linda mujer, lujosa y coquetamente vestida, que subió sin detenerse al piso segundo.

Llegada al vestibulo, preguntó á uno de los lacayos por la habitacion del baron de Valdemar.

—Aquella es, respondió uno de ellos señalándola con bastante poco respeto: allí está la señora baronesa.

—¿Qué! ¿está aquí su mujer? exclamó la joven: él me habia dicho que la dejó en Madrid.

—Pues la ha traído.

—¡El monstruo! ¡el pérfido!

—No obstante, si la señorita quiere evitar el verla, puede entrar en la antecámara, y llamaré á Luisa, que podrá darle razon del señor baron.

—¿Quiénes Luisa?